

Revelle

LYSSA MIA SMITH

Traducción: Federico Cristante





**ENCANTIA QUEDA A SOLO
UN FERRI DE DISTANCIA**

10 ¢ por pasajero



Patrocinado por Dewey Chronos: el viajero
temporal favorito de Encantia

Dele una joya a un Revelle para sentir éxtasis

Deje que un cóctel Effigen lo captive

Descubra la verdad con un telépata Edwardian

Busque a un esquivo sanador Strattori
para que le quite el dolor*

*Las heridas deben transferirse
a un voluntario dispuesto a recibirlas



Capítulo Uno



Luxe Revelle

Era nuestra primera presentación del verano y, si el destino se salía con la suya, tal vez fuera la última.

La energía en el teatro chisporroteaba, a la expectativa. Mientras Nana formaba nuestra R característica con flautas de champán, yo le sostenía el respaldo de la silla, y reprimía una sonrisa mientras ella refunfuñaba algo acerca de caminar durante décadas por la cuerda floja sin cuidador. Mis tíos nos miraban perplejos mientras barrían la arena esparcida por el viento de entre los tablones del suelo. El roce de las escobas no se oía, tapado por las risitas que llegaban desde el palco, donde se congregaban los Revelle más pequeños, quitando cucarachas de la rasgada tapicería de terciopelo. Hacía algunos años, toda una vida, ese había sido mi trabajo.

Nana colocó la última copa y se irguió en la silla; sus ojos de color topacio brillaban de orgullo mientras observaba la platea. Después de un poco de alcohol, y de mucha magia, los turistas podrían confundir la Gran Carpa con un establecimiento distinguido.

Descorché el champán con un pop y se lo entregué a Nana, pero, en lugar de un líquido dorado y brillante, brotó algo transparente y opaco.

Rebajado con agua. Otra vez.

Bebió un trago e hizo una mueca.

—Esto sabe a meados.

—¿Y cómo sabes qué gusto tienen los meados?

Entrecerró los ojos.

—No me faltes al respeto, niña. ¿Esto es todo lo que queda?

—Estoy segura de que queda más por alguna parte —mentí.

Como si el tío Wolffe no se hubiera pasado todo el invierno tratando de acaparar el licor suficiente para la noche inaugural.

En una concesión de lo más infrecuente, Nana me permitió que la ayudara a levantarse de la silla. Si bien el tiempo la había cargado de hombros, aún se movía con la gracia propia de una mujer que había pasado años en el escenario. Una gracia que yo tendría que haber heredado, pero que no heredé, junto con el escote del que alardeaba con su vestido de lentejuelas, largo y ceñido.

—Hagamos una fuente de sidra —le sugerí mientras la alejaba de mí—. Los turistas estarán demasiado borrachos como para notar la diferencia.

—¿Sidra en nuestra fuente de champán? ¡Somos Revelle! ¡No podemos estar tan secos como una monja y su...

—Ya basta, Nana. —Compuse una sonrisa y les lancé una mirada a los demás—. El tío Wolffe y yo tenemos un plan.

Más bien, una canasta en el último segundo.

Comencé a volverme, pero me aferró la muñeca, y sus voluminosos brazaletes se apoyaron, fríos, contra mi piel.

—Wolffe me habló de ese plan que os traéis entre manos. Puede que tu magia sea poderosa, Luxe, pero ni siquiera tú puedes encantar a un condenado Chronos. No va a haber manera de que te dé una joya.

Era verdad. Los Chronos criaban a sus niños contándoles historias exageradísimas sobre la magia de mi familia. Si le das una joya a un Revelle, te encantará y te obligará a ahogarte en el Atlántico. Si le das una joya a un Revelle, te hará trizas la mente y se quedará con tu cuerpo. Muy idiota tendría que ser Dewey Chronos para darme precisamente lo que yo necesitaba para manipular sus emociones.

Lo mejor de todo era que yo tenía otra fuente de magia, además de las joyas. Claro está que Nana no lo sabía.

Le estrujé la mano con un apretón y me revisé los labios en la pared espejada que había detrás de la barra. Rojo sangre. Perfecto.

Con la cabeza erguida, crucé el teatro, esquivando por poco una llamarada. Mis primos lanzallamas se rieron por lo bajo, y yo los miré fingiendo enfado.

Ya entre bastidores, me recibió el aroma familiar de palomitas con mantequilla. Maniobré entre un juego de persecución bastante alborotado, y desvié la mirada de las jaulas vacías de los tigres. Durante el último invierno nuestras despensas habían quedado vacías, de modo que nos vimos forzados a comerlos o a venderlos, y Nana se había negado a servir a sus mascotas como cena.

En mi afán por esquivar los trajes que había tirados por todo el gastado suelo de madera, a punto estuve de chocar con mis tías, que luchaban por meterse en sus vestidos de canacán. Se detuvieron para mirarme pasar; en sus tobillos se amontonaban capas de tul colorido.

—¿Esta noche vendrás con nosotras a la Casa de la Risa por una vez? —bromeó la tía Caroline.

Siempre la misma broma acerca de la Casa de la Risa, las habitaciones privadas que había detrás de la Gran Carpa, adonde iban los clientes después del espectáculo. Les esboqué la sonrisa altanera que se habían acostumbrado a esperar.

—La estrella no debería mancharse las manos.

—Se supone que debes usar tu magia, no las manos, tontuela. —Se inclinó hacia mí, con su aliento marcado por el champán que debían de haber sustraído de nuestra última caja—. ¿Es a eso a lo que le temes?

Como el resto de mi familia, cuando alguien me daba una joya, yo podía encantar a esa persona para que creyera que sus fantasías se estaban convirtiendo en realidad. En la Casa de la Risa, los deseos no tenían límite: una venganza sangrienta contra un rival, una cena íntima con una celebridad adorada, o el favorito de los turistas, los delirios de grandeza en la habitación. Siempre y cuando nos pagaran con joyas, las emociones de los clientes eran nuestras, y las podíamos retorcer a nuestra voluntad. Ni siquiera necesitábamos tocarlos. Las fantasías eran tan falsas como los enormes diamantes que

colgaban de las orejas de Nana, pero a los clientes no les importaba, siempre y cuando pudieran disfrutar.

—No me da miedo la Casa de la Risa —le aseguré a mi tía—. Es que después del espectáculo necesito mi siesta reparadora.

Le di una palmadita en la mejilla y su sonrisa se ensanchó. Comencé a alejarme.

—¡No dejes pasar mucho tiempo para decidirte a venir con nosotras! —me dijo—. ¡A los clientes no les gustan las arrugas!

—¡Y, sin embargo, a ti te va muy bien!

El tío Wolffe levantó la mirada de sus papeles en el momento en que cerré la puerta de su oficina y acallé las risas de mis tías. Algunos mechones plateados se le entremezclaban en el cabello oscuro, que tenía peinado hacia atrás. Pensé en mi madre, su hermana, congelada en el tiempo. Para siempre con su cabello oscuro, con sus veintinueve años.

—¿Algún problema?

Mi máscara de calma debía de haber vacilado. El tío Wolffe y yo trabajábamos juntos, tío y sobrina, productor y estrella, pero no dependíamos el uno del otro. Hasta donde yo sabía, el tío Wolffe no dependía de nadie.

Me dejé caer en una silla.

—Se nos ha acabado el champán. Y nos queda poco whisky.

—¿Ya? —Tomó una libreta usada y pasó unas cuantas páginas—. ¿No habíamos ocultado un poco entre bambalinas?

—Tus sedientas hermanas la encontraron. —Era una tradición beber champán en la noche inaugural, una tradición que el tío Wolffe no se atrevía a prohibir. No quería que el resto de la familia se preocupara—. ¿Has invitado al contrabandista de alcohol?

Su extravagante sonrisa de payaso se tensó hasta convertirse en una extraña línea roja. Más de una vez había visto a hombres adultos temblar al ver al tío Wolffe completamente maquillado.

—No me gusta este plan que te traes entre manos.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No —admitió—. Si no nos aseguramos un contrato de suministro de alcohol esta misma noche, mañana abriremos secos por completo o, directamente, no abriremos.

Aturdida, me recliné hacia atrás en la silla desvencijada. Cuando los huracanes golpearon nuestra ilustre isla, él mantuvo las puertas abiertas. Cuando unos manifestantes puritanos tomaron el ferri de Nueva York para protestar en masa frente a nuestro establecimiento, él mantuvo las puertas abiertas. Cuando las mejores de entre nosotros se ahogaron y la Gran Carpa quedó sumida en un dolor tan tenebroso que mi vanidosa abuela se pasó noches sin cambiarse el camisón..., el tío Wolffe mantuvo las puertas abiertas.

Pero ahora mi feroz tío tenía miedo. A la Ley Seca.

Yo me había imaginado que la nueva ley sería un problema lejano, limitado a los habitantes del continente, pero no aplicable a nuestra pequeña isla de Encantia. Y, aun así, allí estaba.

—Entonces, esta noche. —Las palabras se apelotonaron para pasar por el nudo que se me había formado en la garganta. Erguí más la cabeza para que él no pensara que estaba nerviosa.

El tío Wolffe meneó la cabeza.

—No puedo pedirte que hagas esto. Todavía eres una niña...

—Tengo dieciocho años. La mayoría de las niñas continentales de mi edad están pariendo a su segundo bebé.

—Tu madre no habría querido que debutaras con un maldito Chronos. —Sus ojos oscuros se posaron de manera fugaz en la fotografía enmarcada que tenía sobre el escritorio. Los ocho niños de Nana, por completo ataviados para un espectáculo. Todos riendo, como siempre. Esa había sido la banda sonora de mi niñez: carcajadas y copas que tintineaban y el rat-a-tat-tat con el que redoblaban los tambores Revelle.

Y luego, el dolor. Los sollozos de Nana, tan crudos que apenas si parecían humanos. Un agujero tan profundo en nuestra familia que no veíamos la manera de seguir adelante. Pero el espectáculo de los Revelle continuó. Como siempre.

Me levanté de la silla.

—Mi madre tampoco habría querido que nos quedáramos en la calle. No le des más importancia que la que merece, tío Wolffe. Ambos sabemos que es un buen plan. ¿Viene o no?

Nana sostenía que en las venas de los Revelle corría sangre de gigante, y que cada equis generaciones saltaba a la vista. El tío Wolffe

se puso de pie, con el más de medio metro de altura que me sacaba, y no me resultó difícil creer las palabras de mi abuela.

—El niño contrabandista está en camino. Lo ubicaré en el palco ejecutivo y le serviré lo que queda de nuestro mejor licor, no la porquería rebajada que ponemos en la platea.

—No podemos darle la impresión de que estamos desesperados —añadí con ironía. Como si pudiéramos conseguir alcohol de otro lado. Ya se había librado la sangrienta batalla por la industria licorera de Encantia, y el contrabandista más joven de la isla fue el último en quedar de pie. El último en quedar con vida, si los rumores eran ciertos—. Según Nana, él compró el viejo depósito que hay junto al puerto.

Asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Mis fuentes dicen que lo está convirtiendo en un teatro. Un teatro grande.

Como si pudiera encontrar un espectáculo que compitiera con el nuestro.

—¿Cómo sabré que es él?

Dewey Chronos, el hijo mayor del alcalde, había aparecido en público cuando éramos niños, pero durante los últimos años apenas se lo veía fuera de su mansión, cerca del puerto. Tal vez su piel se había vuelto más blanquecina que la de aquel niño pálido y aferrado siempre a las faldas de su madre. O tal vez él también tenía secretos que deseaba ocultar de los telépatas.

—Muchacho blanco —masculló el tío Wolffe—. Cabello oscuro, ojos de color café.

Le lancé una mirada cargada de ironía. Acababa de describir a la mayoría de nuestro público.

—Lleva el emblema de su empresa en la solapa de la chaqueta. Es un...

—Un reloj con forma de diamante —proseguí. Como si pudiera olvidar el símbolo negro que había aparecido por todo el Distrito de la Noche, un provocador recordatorio del poder de la familia Chronos: el viaje en el tiempo.

Tal vez fuéramos el corazón y el alma del turismo de Encantia, pero los Chronos eran los propietarios y los políticos. Ostentaban el

poder de nuestra pequeña isla, y lo mantenían haciendo retroceder las agujas del reloj para sabotear a las otras familias mágicas, sobre todo a la mía. A los Revelle se nos permitía existir para atraer a los turistas a nuestras playas, pero los Chronos recelaban de nuestra habilidad de influir la mente de los votantes. Siempre que nos atrevíamos a ascender demasiado por encima de la línea de pobreza, nos golpeaba la tragedia. Como aquella ocasión en la que mi bisabuelo trató de establecer un muy esperado espectáculo para la familia, pero lo asesinaron antes de la noche inaugural en un supuesto robo que había salido mal. O como hacía tres años, cuando a los Chronos se les olvidó informarnos de que un huracán devastador se acercaba hacia Encantia, y eso que ellos ya la habían evacuado en secreto. Perdimos a cuatro personas en esa tormenta.

La mera idea de congraciarme con uno de esos payasos viajeros del tiempo hizo que se me revolvieran las tripas. Y necesitaba convencerlo de que hiciera negocios con nosotros. En condiciones ventajosas.

El tío Wolffe señaló la puerta con la cabeza.

—Ve a decirle a los demás que te unirás a ellos en la Casa de la Risa. Me imagino que Colette y Millie se alegrarán.

Yo no estaba tan segura. Unos años antes, se habrían puesto contentísimas, pero hoy en día, apenas nos dirigíamos la palabra fuera de los ensayos.

—¿Lo estás reconsiderando? —Su vozarrón mantuvo un tono coloquial, pero en sus ojos oscuros brilló un destello de preocupación.

Le esboqué mi sonrisa escénica más confiada.

—Mañana estaremos nadando en la mejor bebida del mundo.

—Espero que con un muy buen descuento —murmuró él—. Con lo que les cobra a los hoteleros, pronto toda la isla quedará en deuda con él o directamente en bancarrota.

—Nosotros no.

—Nosotros nunca. —Devolvió la atención a sus papeles, y lo interpreté como una señal para retirarme.

Con cuidado de mantener la cabeza erguida y la sonrisa segura de mí misma, regresé a bambalinas.

—¿Buscas a tus primas? —Nana, quien al parecer ya se había

recuperado de su mala experiencia con el champán, se encontraba delante del oxidado espejo que había detrás de bambalinas, y se colgaba collares de joyas falsas en el cuello—. Vi a Colette y a Millie subirse a la plataforma con esos muchachos de iluminación.

A Millie le encantaba coquetear con los pocos trabajadores de la Gran Carpa que no eran Revelle. Colette, sin embargo, era más propensa a desafiarlos a un combate de lucha libre y asegurarse la victoria asestándoles un rodillazo en las partes más sensibles.

—Ya casi es hora de comenzar. —Miré el desorden que reinaba entre bambalinas—. ¿Ya está todo listo?

—¡Tú también deberías estar dándote el lote en la plataforma! Una chica tan guapa como tú debería tener muchos novietes.

Puse los ojos en blanco.

—Tú también fuiste la estrella. Ya sabes que lo único que quieren es alardear ante sus amigos acerca de lo que hay debajo de estas mallas.

Me guiñó un ojo.

—En eso consiste buena parte de la diversión. Ahora ve. Busca a tus primas.

Como si quisieran a una intrusa. En cambio, recorrí el teatro por última vez. Ya se habían encendido las velas; sus largas sombras ocultaban las telarañas. Con aquella iluminación tenue, las gruesas rayas negras y púrpuras de la lona exterior teñían la platea con unos tonos ciruela que le daban cierto aire místico. Mi madre solía decir que la Gran Carpa le hacía pensar en el interior de las cavidades de un corazón latiendo. Un corazón Revelle enorme, indestructible, cuyo interior podía mantener a salvo a todos nuestros seres queridos. Pero ella no había estado a salvo. Ninguno de nosotros lo estaba, no mientras los Chronos siguieran en el poder.

Y esa noche yo haría realidad una de sus fantasías.

En un remolino de miembros flacuchos y de prendas usadas ya descoloridas, mis primos pequeños bajaron por la escalera del palco. La pequeña Clara iba a la cabeza, y los demás le pisaban los talones. Se detuvo delante de mí.

—¡He ganado!

Me incliné hasta quedar a su altura.

—¿Se les ha escapado alguna?

—Por supuesto que no. —Se quitó de los ojos la boina que llevaba; le quedaba demasiado grande—. He revisado tres veces cada butaca. Ya no quedan cucarachas.

—Buen trabajo. —La idea de que las cucarachas trepasen hasta el regazo del contrabandista no sonaba en absoluto atractiva.

—He atrapado una del tamaño de mi puño —añadió la niña mientras extendía la mano. Era tan competitiva como Colette, o incluso más.

Con unos ojos tan redondos como sus estómagos distendidos, los niños me observaron mientras metía la mano en el bolsillo de la bata en busca del premio que le había prometido a quien ganara. Al percibir mi sangre Revelle, la joya me hizo sentir un hormigueo en la punta de los dedos, cálido e insistente. Echaba de menos lo fáciles que resultaban las gemas, la forma en que la magia Revelle me besaba la nuca. Mi otra magia no tenía nada de agradable.

La esmeralda era una escama diminuta que apenas habría alcanzado para comprar unos refrescos, pero Clara la sostuvo entre las manos como si tuviera un valor incalculable.

Le acomodé la gorra y le froté la cabeza a su hermano.

—Idos todos a dormir. Y buen trabajo.

Clara se me quedó parpadeando con sus ojos enormes de chocolate.

—¿Qué tal una demostración?

Era una Revelle, sin duda.

—Pero que sea rápida, ¿vale?

Lanzaron unos gritos y, por un momento, éramos Colette, Millie y yo mientras les rogábamos a nuestros primos mayores que nos dieran unas lecciones de magia detrás de bambalinas. Yo había nacido para vivir momentos como aquel.

Clara me ofreció su esmeralda minúscula, pero yo extraje del bolsillo algunos fragmentos más y los esparcí sobre la palma de la mano. La luz de las velas se reflejaba en los bordes filosos.

—Tomad todos una. Cuidado, Clara. —Era un riesgo darle joyas a un Revelle. Podían girarse y encantarme a mí si así lo deseaban—. Y ahora, devolvédmelas. Recordad, nuestra magia solo funciona con las gemas que se han dado libremente.

Los niños dejaron caer las esmeraldas en mi mano y se inclinaron hacia delante, esbozando unas sonrisas antes aún de que yo comenzara. El poder de las expectativas.

—Ahora bien, ¿en qué debería concentrarme?

Clara se balanceó sobre los talones, impaciente. Todos los Revelle conocían los principios básicos.

—En la esmeralda. En hacerla durar.

—¿Y qué ocurrirá si la uso toda?

—Se convertirá en polvo, y no la podrás usar para comprar nada más.

—Exactamente. —Mi madre me había machacado con aquella lección en innumerables ocasiones—. La magia siempre tiene un costo, y el nuestro son las joyas en sí. Se deshacen bajo nuestro poder, y, si no nos andamos cuidado, no nos quedará nada con lo que comprar comida, ropa o ninguna de las cosas que necesitamos.

—¡Ay, vamos, Luxe! ¡Hazlo de una vez!

Cerré los dedos alrededor de las esmeraldas. La magia me llamaba como el mar a un marinero, y me permití sumergirme en ella. La sensación fue exquisita. Esa magia me hacía sentir bien.

Están contentos, susurré en mi mente. No pueden estar más contentos, como si les hiciera cosquillas.

Se desternillaron de risa y se desplomaron en el suelo formando una pila de miembros bronceados. Las joyas se encogieron y me dejaron un brillante polvillo verde en la palma de la mano.

Todo es gracioso. El aire, el suelo, la ropa que llevan.

Mientras los niños rodaban y lanzaban risotadas, Colette se deslizó escalera abajo y se detuvo un momento para observar. El fantasma de una sonrisa le agració los labios, como si ella también recordara cómo solíamos reírnos hasta que nos dolía la barriga con las cosquillas de la magia de nuestra familia.

Nuestros ojos se cruzaron, y ella apartó la mirada.

Sienten que los envuelve el amor de los noventa y seis Revelle. Están en la cima de Encantia, en la cima del mundo, y nunca, nunca están solos.

Sus sonrisas se tornaron más soñadoras, sus rostros se suavizaron. Y si bien a su edad yo habría dado lo que fuera para ser lo

suficientemente mayor para actuar, una parte de mí deseaba volver a tener siete años, cuando los espectáculos veraniegos equivalían a magia y a golosinas, y a quedarme dormida detrás de bambalinas con Colette y con Millie, con los brazos y las piernas tan entrelazados como nuestros cabellos despeinados. Sin Ley Seca. Sin Chronos a los que encantar. Solo nosotras tres jugando hasta que nos despertaba el suave vaivén de nuestras madres al llevarnos a la cama.

Les besé la frente a mis primitos y dejé que la magia de las joyas se desvaneciera.

Refunfuñaron en señal de protesta.

—¿Una vez más? —rogó Clara.

—Siempre hay que dejar un poco para obtener algún beneficio. ¿Lo veis?

Hasta los niños más grandes se inclinaron para echar un vistazo a los restos de esmeralda que me quedaban en la mano. Mi familia creía que yo era la más poderosa de todo el grupo, que podía hacer durar las joyas más que ningún otro. A sus ojos, era la única explicación verosímil del hecho de que el tío Wolffe me hubiera designado como la estrella, en lugar de Colette, que tenía el doble de talento que yo, y era más tenaz todavía. No podíamos decirles la verdad, sobre todo cuando la isla estaba atestada de telépatas.

El tío Wolffe marchó hasta el centro del escenario y comenzó a aplaudir. Su imperturbable concentración había borrado todo rastro de estrés.

—¡Todos a vuestros puestos! Es hora de abrir las puertas.

Los Revelle nos pusimos en acción. Los niños salieron disparados hacia los percheros del vestuario, con la esperanza de ver el primer número antes de que los obligaran a irse a la cama. De pronto me invadió una nostalgia familiar, cuando sus padres les agarraron las cabezas y les llenaron la frente de besos.

Las luces se atenuaron. Mis tíos corrieron los enormes telones de terciopelo por delante del escenario, lo que envolvió al teatro en la luz de las velas y en aquel color lila tan familiar.

El aire se quedó inmóvil. Yo ya había actuado en incontables espectáculos, pero mi corazón nunca había golpeado tan fuerte como en aquel momento.

¿Qué sería de nosotros si Dewey Chronos no caía bajo mi hechizo?

Lo perderíamos todo: el teatro, la Casa de la Risa, las habitaciones destartaladas junto al mar, donde dormíamos apretujados.

No podía pensar eso. La seducción requería confianza. Además, el menor indicio de desasosiego que mostrase yo, la imperturbable princesa de hielo, conduciría a preguntas que el tío Wolffe no podría responder. No hasta que tuviéramos el alcohol asegurado.

Con la cabeza en alto y con el escote sobresaliendo por delante de ella, Nana se contoneó hacia el vestíbulo como un reluciente pavo real. Ella recibiría a los clientes, cobraría las gemas de admisión y nos avisaría acerca de cuáles tenían los bolsillos más pesados.

—¿Encontraste a Millie y a Colette? —me preguntó—. ¡Deberían celebrar tu primera noche en la Casa de la Risa!

Nuestras madres nos habían criado juntas, con la esperanza de que fuéramos tan inseparables como ellas.

También habían muerto juntas.

—Ahora las busco —dije, aunque no pensaba hacerlo.

Las bailarinas de canacán se ubicaron en sus puestos, detrás del telón, listas para el número inicial.

Me quedé esperando, a solas.

Nana abrió las puertas, y la multitud entró gritando, corriendo por la platea, disputándose las ubicaciones más codiciadas junto al escenario, con el rostro sonrosado y sudoroso, como cerdos con sombreros de copa de varios colores. En algún lugar de entre toda esa gente se encontraba Dewey Chronos, con ese estrafalario reloj con forma de diamante bordado en la solapa. Su destino era el palco ejecutivo. En el centro de la zona noble, libre de cucarachas.

La banda comenzó a tocar una melodía vigorosa. Las caderas de Nana se contoneaban en la entrada. Entre el humo de los cigarros, se la veía joven y hermosa, y tan parecida a mi madre que tuve que apartar la mirada.

Los tambores comenzaron a redoblar con su rat-a-tat-tat. La expectativa llevó a los turistas a entrar en frenesí.

En mi bolsillo, las joyas cantaban.

Rat-a-tat-tat. Rat-a-tat-tat.

Que empezara el espectáculo.